

mirada ansiosa, yendo y viniendo, preguntando á unos y á otros. Nadie la había visto.

Andaba de acá para allá, martirizado por horrible angustia, cuando un camarero le dijo:

—¿Busca usted á la señorita Magdalena? Hace poco ha salido con la señora Paulina.

Y casi en el mismo instante, veía en un rincón del café al grumete hembra y á las dos lindas muchachas que abrazadas por el talle, le miraban á él y cuchicheaban entre sí.

Comprendió lo que aquello significaba y se lanzó como un loco hacia la isla.

Corrió primero hacia Chatou; pero al ver la llanura, volvió hacia atrás y empezó á escudriñar los matorrales, á vagabundear desesperadamente, deteniéndose á veces para escuchar.

Los sapos lanzaban desde todos los puntos su nota breve y metálica.

Hacia Bougival un ave desconocida modulaba un grito debilitado por la distancia.

La luna vertía sobre el césped diáfana claridad que parecía polvo de plata; penetraba entre el ramaje, deslizaba su luz por la corteza gris de los álamos y asaeteaba con su claridad brillante las copas estremecidas de los altos árboles. La embriagadora poesía de aquella noche de verano, se apoderaba á su pesar de Pablo, dominaba su angustia enloquece-

dora, despertaba su corazón con ironía feroz y desarrollaba, en su alma carifosa y contemplativa, su ansia de ideal ternura, de confesiones apasionadas en el seno de una mujer fiel y adorada.

Se vió obligado á detenerse, ahogado por sus sollozos precipitados, desgarradores.

Pasada la crisis, volvió á sus pesquisas.

De pronto sintió como una cuchillada. Detrás de un matorral se oía ruido de besos. Corrió allí. Era una pareja amorosa cuyas dos sombras se alejaron vivamente al aproximarse él, enlazadas, unidas en un beso sin fin.

No se atrevía á llamar, sabiendo que Magdalena no contestaría. Experimentaba miedo atroz al pensar en lo que podía ver de pronto.

La música de los rigodones, los solos estridentes del cornetín, la risa irónica de la flauta, los chirridos del contrabajo le desgarraban el corazón, exasperando sus padecimientos. Las notas de la orquesta corrían por debajo de los árboles, tan pronto debilitadas como aumentadas por el soplo de la brisa.

De repente pensó que quizá Ella había ya vuelto. ¡Sí! ¡Ya habría vuelto! ¿Por qué no? Sin duda había perdido la cabeza, se había desesperado sin motivo, quizá por las sospechas que desde algún tiempo á aquella parte le asaltaban.

Y tranquilizado por una de aquellas crisis que á

veces le sobrecogen á uno en los momentos más desesperados, volvió hacia el baile.

De una ojeada recorrió la sala. No estaba allí. Dió vuelta á las mesas y bruscamente se halló cara á cara con las tres mujeres. Probablemente tendría su rostro una expresión desesperada y rara, pues las tres se echaron á reír.

Salió, volvió á la isla, corrió á través de los matorrales, jadeante. Escuchó de nuevo, escuchó largo rato pues le zumbaban los oídos; al fin creyó oír una risita chillona que conocía muy bien. Adelantó poco á poco, arrastrándose, apartando las ramas, con tal opresión en el pecho que no podía respirar.

Dos voces murmuraban palabras que aun no entendía. Luego se callaron.

Entonces sintió un deseo loco de huir, de no ver, de no saber, de huir para siempre de aquella pasión que le destrozaba. Iba á volver á Chatou, á tomar el tren, y no volvería más, no la vería jamás, jamás. Pero súbitamente su imagen se posesionó otra vez de él y la vió en su imaginación á la hora del despertar, cuando se le arrimaba cariñosamente echándole los brazos al cuello, con el pelo suelto, alborotado en la frente y sienes, con los ojos aun cerrados y los labios entreabiertos para el primer beso. Y el súbito recuerdo de aquella caricia matu-

tina despertó en él un pesar frenético, un deseo enloquecedor.

Hablaban de nuevo, se acercó agachado. Oyó un leve grito entre el ramaje, muy cerca. ¡Un grito! Uno de aquellos gritos de amor que oyera en las horas benditas de su ternura. Adelantaba á pesar suyo, atraído por invencible fuerza, sin tener conciencia de nada... y las vió.

¡Ah! ¡Si la otra hubiera sido un hombre! ¡Pero aquello, aquello! Su misma infamia le encadenaba. Permanecía allí aniquilado, encadenado, trastornado como si descubriera de repente un cadáver querido y mutilado, un crimen contra naturaleza, monstruoso; una horrible profanación.

Entonces un pensamiento involuntario trajo á su memoria el pescado del que viera arrancar las entrañas... Magdalena murmuró: "¡Paulina,!" con igual acento que decía: "¡Pablol, y le acometió tal dolor que huyó á la carrera, desesperadamente.

Chocó contra dos árboles; cayó al tropezar en una raíz, corrió de nuevo y de pronto se halló junto al río, ante el brazo rápido, iluminado por la luna. La corriente alborotada formaba remolinos en los que parecía jugar la luz. La orilla, alta, dominaba la corriente como un acantilado, dejando á su pie una ancha faja oscura de arremolinadas aguas.

En la otra orilla se veían las casas de Croissy es-

calonadas que iluminaba la claridad del astro de la noche.

Pablo vió todo aquello como á través de un sueño, de un recuerdo; no pensaba en nada, nada comprendía, y todas las cosas, hasta su propia existencia, le aparecían lejanas, olvidadas, vagas, como ya pasadas del todo.

El río estaba allí. ¿Comprendía lo que hacía? ¿Quiso matarse? Estaba loco. Se volvió sin embargo, hacia la isla, hacia Ella, y en el silencio de la noche en el que resonaban la música y las canciones tabernarias, lanzó con voz aguda, desesperada, sobrehumana, un espantoso grito:

—¡Magdalena!

Su llamamiento desesperado atravesó el silencio de la noche, corrió por todos los ámbitos del horizonte.

Luego, de un salto formidable, un salto de fiera, se lanzó al río. Brotó el agua, cerróse, y, en el sitio en que desapareciera, se formó una sucesión de círculos que ensanchaban hasta la otra orilla sus ondulaciones brillantes.

Las dos mujeres habían oído. Magdalena se incorporó.

—Es Pablo.

Una sospecha la asaltó:

—Se ha ahogado—dijo. Y se lanzó hacia la orilla, donde se le reunió la gordiflona Paulina.

Una pesada barca tripulada por dos hombres buscaba en un sitio determinado. Uno de los bateleros remaba y el otro hundía en el agua una larga pértiga como buscando algo.

Paulina gritó:

—¿Qué hacen ustedes?

—Buscamos un hombre que se ha tirado al agua—le respondieron.

Ambas mujeres, apretadas una contra otra, trastornadas, seguían las evoluciones de la barca. La música de la Grenouillière continuaba resonando: parecía marcar el ritmo de los fúnebres pescadores; y el río, que encerraba un cadáver, corría iluminado.

La sombría pesca se prolongaba. Una ansiedad horrible hacía temblar á Magdalena. Por fin, después de media hora por lo menos, uno de los hombres anunció:

—Ya lo tengo.

E hizo subir suavemente su larga pértiga. Luego apareció un gran bulto en la superficie del agua. El otro marinero dejó los remos, y ambos, uniendo sus esfuerzos, tiraron de la masa inerte hasta que la echaron dentro de la barca.

Después se acercaron á tierra, buscando un sitio

alumbrado y bajo. En el momento de abordar, las dos mujeres se pusieron junto á ellos.

Apenas le vió, Magdalena retrocedió horrorizada. A la luz de la luna parecía ya verdoso y tenía la boca, la nariz, los ojos, llenos delimo.

Los dos hombres le examinaban.

—¿Le conoces?—preguntó uno.

El otro, el barquero de Croissy, dudaba.

—Sí, me parece que le conozco; pero en tal estado es difícil asegurarlo.

Luego exclamó de repente:

—Es don Pablo; no hay duda.

—¿Quién es ese don Pablo?

Su compañero repuso:

—Don Pablo Barón, el hijo del senador, ese jovencito que estaba tan enamorado.

El otro añadió filosóficamente:

—Pues ya se le acabó el amor; de todos modos, es lástima morir siendo rico.

Magdalena, que se arrojara al suelo, sollozaba. Paulina se acercó al cuerpo del ahogado y preguntó:

—¿Está muerto de veras, muerto del todo?

Los dos hombres sonrieron con desdén:

—Después de estar tanto rato en el agua, no hay duda.

Luego uno de ellos preguntó á su vez:

—¿No vivía en casa Grillón?

—Sí—contestó su compañero;—hay que llevarle allí; habrá buena propina.

Volvieron á su barca y se alejaron con lentitud, á causa de la fuerza de la corriente; y durante mucho rato después de desaparecer, todavía oían ambas mujeres el ruido acompasado de los remos al caer en el agua.

Entonces Paulina estrechó entre sus brazos á la pobre Magdalena inconsolable, la acarició, la besó repetidamente, la consoló:

—¡Qué hacerle! No ha sido culpa tuya. No se puede evitar que los hombres hagan de las suyas. El lo ha querido y él lo paga.

Luego, levantándola, añadió:

—Ven á dormir á nuestra casa, querida. Esta noche no puedes dormir en casa Grillón.

La besó de nuevo, añadiendo:

—Ya te consolaremos, monina.

Magdalena se levantó, y llorando aún, pero con menos fuerza, descansando la cabeza en el hombro de Paulina, como refugiada en una ternura más íntima é inquebrantable, más familiar y confiada, echó á andar pasito á paso.

FIN